

La fiesta del Chivo (2000)

Las misas negras

Álvaro Beltrán Urrutia

Donde quiera que encuentre una criatura viviente, hallo ansias de poder.

Nietzsche

Digamos que el diablo se te acerca despacio; te envuelve entre sus brazos, y con esa voz que se imagina tersa y seductora, te promete un mundo mejor. Un lugar donde no tendrás que preocuparte por el desempleo, el hambre o los crímenes. Un lugar ordenado, un lugar donde podrás respirar tranquilo, porque él estará cuidándote. Lo único que tendrías que hacer, añade sonriendo, es entregarle tu mente, hasta el más ínfimo de tus pensamientos. Que hables, rías, sientas y sueñes como él.

Y tú aceptas esperanzado, eufórico. Te tatuarás el nombre de la bestia en la frente, orgulloso; obedecerás todo cuanto se te manda, sin amilanarte; mirarás con asco a aquellos que se atreven a pensar distinto, escoria. Y serás feliz; hasta que una mañana, una tarde o noche, sin hacer demasiado ruido, sin que te des cuenta, una idea nazca en esas neuronas que acostumbraste a repetir y no a crear. Te preguntarás si tu salvador conoce todas las respuestas, qué lo hace superior a ti, por qué no puedes abrir la boca, por qué, por qué. Te embargará una sensación que no sentías hace años, la libertad que nada entre tu sangre. Y cuando por fin te atrevas a desafiar al demonio, una bala te destrozará el cráneo, a ti, a tus padres y a tus hermanos. A tus amigos, a todos cuantos alguna vez respiraron a tu lado. Porque cuando las hormigas empiezan a creer en la libertad, ya no querrán morir por el hormiguero.

En *La fiesta del Chivo* el demonio se llama Rafael Leonidas Trujillo y a veces se orina en los pantalones.

En esta novela Vargas Llosa nos invita a descubrir tres historias distintas que son producto de la dictadura que el general Trujillo impuso en República Dominicana durante treinta y un años. Cada capítulo le pertenece a uno de estos pequeños infiernos donde la imagen del Chivo arde imponente, como amenaza o recuerdo; tatuada en la psiquis de los personajes.

Nos encontramos, primero, con Urania Cabral, hija de uno de los más grandes políticos durante la era de Trujillo. Uranita ha retornado a su tierra natal luego de treinta y cinco años de exilio autoimpuesto en los Estados Unidos,



periodo durante el cual ha evitado mantener contacto alguno con sus parientes en suelo dominicano.

El vínculo con su pueblo, sin embargo, se ha mantenido a través de la lectura. Urania ha vivido junto a sus compatriotas la reconstrucción de la nación fantaseando entre crónicas y novelas que hablan de los años de la dictadura y, sobre todo, los que le sucedieron. La muchacha Cabral hizo suyo el miedo que no experimentó y sufrió con la sangre ajena que se derramó. La alguna vez frágil niña, quien huyó de República Dominicana unas pocas semanas antes de la caída del régimen, se transfiguró en un ser acorazado, amurallado para proteger su alma siempre blanda de las llamas que la atormentan.

Pero durante la novela la duda nos corroe, pues a pesar de que el cuerpo de piedra, inmutable, imperturbable e imponente de la nueva Urania se venga a través de monólogos agresivos, podemos escuchar el resonar de la voz del Chivo detrás de los muros; y olemos el miedo de la niña que yace oculta, mas nunca extraviada. Uranita ofrendada, corrompida, condenada Uranita.

Un recorrido por el infierno no estaría completo sin una visita a los altos comandos. Vargas Llosa nos presenta al Chivo, apodo que se ganó el general Trujillo al convertirse en leyenda su explosivo apetito sexual. Encontramos al rezago de persona que es ahora Trujillo. Devastado por la traición no solo del cuerpo propio, sino de aquel adoptado, el país que sacó de la deshonra que ahora le escupe a su revolución y su obra. Rodeado

de una "familia para reír y llorar, no para tomarla en serio"; Ramsis, el primogénito y decepción, heredero del infierno que prefiere desperdiciar la vida entre fiestas y amoríos; Radahmés, el menor, bruto, feo, incapaz en todos los sentidos.

El Chivo ha fracasado. Como líder de una nación, como líder de una familia y como líder de su propio cuerpo; quien ha cedido a los años y lo ha despojado de su hombría. No es demasiado difícil sentir lástima por este vestigio de humanidad, mientras vemos cómo el profeta negro intenta ser aquel del pasado, aunque por dentro se cuecen los deseos de una muerte que lo libere por fin del Chivo, el personaje que le dio nueva vida, pero que ahora lo destruye.

Deseo que será concedido por el grupo que conoceremos a continuación. Un grupo de íncubos que después de haber disfrutado pactos con el diablo, han conocido también su ira. Reducidos al ridículo, despojados de personas, propiedades y, sobre todo, del honor; han decidido rebelarse contra aquel que los cobijó en algún momento, arrepentidos de haber entregado su alma a una causa tan injusta.

La fiesta del Chivo es una exploración acerca del poder. El poder como droga, como motivo existencial. Más allá de Trujillo, podemos oler la sed de poder en todos los personajes, quienes han sido castrados por el dictador; pero que aceptan la humillación entre sonrisas, porque esperan el momento en el que la

sombra trujillana se desvanezca y ellos puedan lograrse un lugar más alto. Podemos ver cómo las buenas intenciones se transforman rápidamente en ideologías dogmáticas, cómo los pequeños elementos diferenciadores se tornan en megalomanía. E, inevitablemente, somos arrastrados a preguntarnos si la convivencia humana es posible, si la política sirve de algo, o si nuestra necesidad de compañía es solo otro absurdo humano.

Para Vargas Llosa, al igual que para la mayoría de los latinoamericanos, la situación que narra la novela crepita en carne propia. Tercermundistas, como se nos ha llamado desde antaño, tratados como clase menor

debido a nuestra constante incapacidad para crear un mercado interno eficiente, los países del sur americano han sufrido hambre y han necesitado constantemente de un mesías que les coloque alimento en las gargantas. En el Perú, y durante los años que vivió Vargas Llosa, no faltaron aquellos lobos disfrazados de corderos: los Odría, los Velasco, los Fujimori.

No es difícil, entonces, oler la catarsis en las líneas de este libro. Liberarse del miedo a través del ridículo, del odio a través del intento de comprender, del pasado a través de la ficción.